# TRAS LA HUELLA

# DEL NIÑO CENTENARIO

VICENTE QUIRARTE

*Tras la huella*
*del niño centenario*

CUADERNOS DE MALINALCO

NUEVA ÉPOCA

VICENTE QUIRARTE

# *Tras la huella del niño centenario*

ILUSTRACIÓN
FERNANDO LEAL AUDIRAC

INSTITUTO
MEXIQUENSE
DE CULTURA

1994

**Gobierno del Estado de México**

Lic. Emilio Chuayffet Chemor
*Gobernador Constitucional del Estado de México*

M. en C. Efrén Rojas Dávila
*Secretario de Educación, Cultura y Bienestar Social*

Lic. Jorge Guadarrama López
*Director General del Instituto Mexiquense de Cultura*

**Coordinadores de la Colección**
Guillermina Martínez Rocha
Luis Mario Schneider
Félix Suárez

VICENTE QUIRARTE / *Tras la huella del niño centenario*

Primera edición: 1994
© Instituto Mexiquense de Cultura
Morelos Ote. 302, 3er. piso
Toluca, Estado de México, C.P. 50000

ISBN 968-484-181-7

Impreso en México
*Printed in Mexico*

A Marco Antonio Campos, Jorge Esquinca,
Frédéric-Yves Jeannet y Alain Borer,
*vieux copains d´antan de Jean-Arthur.*

Y para Ignacio,
miembro del Club del
alma de Jicenk ☺

MARSELLA, 9 DE NOVIEMBRE de 1891. Por los pasillos del Hospital de La Concepción, las monjas enfermeras pisan en el aire, cuando un cielo sin nubes ya perteneciente a Egipto, de un sólido color anaranjado, está a punto de ceder paso al azul cobalto y firme de la noche. Fatigado de afanes, el día se retira. Lo despiden las sirenas roncas de los cargueros y la oración postrera hacia La Meca. En la única habitación particular del hospital, Isabelle Rimbaud transcribe la carta que, desde su lecho de enfermo, le dicta lo que queda de su hermano Arthur. Sin ánimos para mover la mano que enfatice las frases, el moribundo envía el que iba a ser su último mensaje, al Director de Messageries Maritimes:

Un lote: un colmillo
Un lote: dos colmillos
Un lote: tres colmillos
Un lote: cuatro colmillos
Un lote: dos colmillos

Señor Director:

Quiero preguntarle si no he dejado nada en su cuenta. Deseo cambiar inmediatamente de servicio, del cual no conozco siquiera el nombre, pero en todo caso que sea el servicio de Afinar. Estos servicios se encuentran por doquiera y yo, impotente, desdichado, no puedo hallar nada, el primer perro de la calle puede decírselo.

> Envíeme, entonces, el precio de los servicios de Afinar a Suez. Estoy completamente paralizado: por consiguiente, deseo encontrarme a bordo a buena hora. Dígame a qué hora debo ser transportado a bordo.

Hoy hace exactamente cien años que Jean-Arthur Rimbaud dijo estas últimas palabras. Una voz las repite a través de las bocinas colocadas en la galería principal de La Grande Halle de La Villette de París. La mano de su hermana Isabelle llena la página, pero es Rimbaud con su aliento quien escribe; él quien roba, avaricioso, el aire, para tatuarlo penosamente de palabras. No una carta poética de despedida, ni una conversión postrera que nos evitara el desentrañamiento de su silencio. Para desilusión de hagiógrafos y adoradores del poeta, una carta comercial, inconclusa e intolerante, ocupada por la sed animal, instintiva, de la supervivencia. En abono de su grandeza, escuchamos ese mensaje final de quien a lo largo de sus 37 años de existencia, y un siglo después de su partida, vulnera nuestra concepción de vivir la literatura, de escribir la vida. A la luz de esta carta es preciso aproximarse a la aventura más hermosa y atroz jamás emprendida por criatura humana que haya intentado traducir el mundo a las mejores palabras de la tribu.

Rimbaud cumple cien años de inmortalidad. De las 2 de la tarde de este día a las 2 de la tarde del 10 de noviembre, París realiza una *Parade sauvage pour Arthur Rimbaud*. Lo anuncian gigantescos cartelones que ostentan la serigrafía hecha por Ernest Pignon Ernest a partir de la emblemática fotografía de Carjat. Profanados por la población del tren subterráneo, andrajosos y deshilachados, son el mejor homenaje al *hooligan* incorregible que en 1871 llegó a París para provocar la intranquilidad de las buenas conciencias. El rostro de ese ángel rebelde aparece reproducido en toda Francia. Al mirarlas, evoco otras lecturas del rostro de Rimbaud

realizadas allende el océano, en el México nunca visitado por Rimbaud, pero sí imaginado en aquel verso enigmático del poema *"Enfance": Cette idole, yeux noirs et crin jaune, plus noble que la fable, mexicaine et flamande.* Para la revista *Universidad de México,* varios pintores mexicanos han hecho su personal interpretación de la ambigua sonrisa que, de acuerdo con Ernest Delahaye, era característica de los Rimbaud.

Rimbaud ocupa hoy el corazón del país que lo dio a luz. Y aunque en lo más hondo rechacemos esta pluralidad de homenajes, este aparador de advenedizos, esta transformación de creador solitario en *superstar* multitudinario, no podemos sino reconocer que en las próximas 24 horas Rimbaud estará más que nunca entre los vivos, y que esta gigantesca nave de estructura metálica, antiguo mercado de carne, concentra por ahora la energía de la estrella Arturus. "Ahora no estarías solitario", escribió Pablo Neruda en el poema escrito en 1954, centenario del natalicio de Rimbaud.

¿Por qué ahora sí y en su tiempo no? La misma pregunta se la hará el joven Jack London a través de su personaje autobiográfico Martin Eden, el marinero inculto convertido en escritor exitoso, merced al sacrificio y al esfuerzo. ¿Por qué ahora, si todo lo que soy ya estaba entonces? En el 1891 de la muerte de Rimbaud, London tiene 15 años, deserta de la escuela, explora la bahía de San Francisco y participa en la piratería de ostras. Los cambios vislumbrados por Rimbaud corresponden a la euforia vital de nuestro tiempo de asesinos, cuando adolescentes saltan a la fama de la noche a la mañana. El *Car Je est un autre* se conjuga este día como *Yo es ustedes.* Ustedes harán, con sus acciones, con sus lecturas intelectuales y vitales de mi vida, que mi otredad tenga respuesta. *Yo será otros. Yo está siendo otros.*

Rimbaud es el mito más poderoso de la literatura porque es más poderoso que la literatura. Ésta jamás perdonará

la infidelidad de ese muchacho que la abandona, tras haberle ofrecido joyas y palacios. Como advertirá Michel Butor, Rimbaud es lo más opuesto a un escritor porque nunca se preocupó por la publicación y el seguimiento de su escritura. Semejante negación del oficio no podía ser comprendida en un fin de siglo donde imperaba el arte por el arte.

Debían llegar las vanguardias para demostrar la supremacía del acto sobre el verbo. El 10 de abril de hace un siglo, mientras Rimbaud escribe febrilmente las páginas telegráficas de su carnal temporada en el infierno, sobre una camilla transportada por negros, Edmond de Goncourt viaja alrededor de su alcoba parisina y apunta en su *Journal:* "En este momento, una vida absolutamente alejada de la vida real, y totalmente ocupada en la contemplación del objeto y de la imagen artística, producen una especie de onanismo de la retina y del cerebro, un estado físico de ausencia y de exaltación mediante el cual se escapa de los embates morales y de los males físicos".

En 1938, Rimbaud llega a México. En su pasaporte aparece como Juan Arturo, y sus versos, bajo el título *Una temporada de infierno.* Lo apadrinan las iluminaciones lingüísticas, el fasto verbal de Luis Cardoza y Aragón. Su apreciación es fulgurante, poesía sobre poesía, de lo que son las confesiones desgarradas de Rimbaud. En ese mismo número de la revista *Taller* aparece acompañado por María Zambrano y los principales poetas mexicanos de la época. En su libro de memorias *La feria de la vida,* José Juan Tablada incluye una de las escasas referencias de los modernistas mexicanos finiseculares al poeta francés: "Rimbaud y Laforgue, aquilatados por nosotros antes de que se pusieran de moda en su misma patria, sea dicho en honor de la segura intuición de aquel grupo juvenil".

Cien años no han bastado para descifrar el enigma más desconcertante de la cultura contemporánea; sí para que al

traducir la vida a las palabras, las palabras a la vida, sus sobrevivientes lo hayamos asediado desde todos los ángulos y con todas las armas, para quedarnos finalmente solos frente a la desolación de su incendio helado. Espejo de respuestas despiadadas, Rimbaud obliga a mirarnos en su existencia irrepetible, peligrosamente tentadora. En este nuevo fin de siglo nos leemos en Rimbaud y acaso apenas comenzamos a entenderlo. Mientras nos internamos entre las diversas instalaciones armadas en el interior del galerón, comprobamos la diversidad de aproximaciones a quien modificó de una vez y para siempre la forma de hacer y vivir la literatura. Cuanto hagamos por leerlo y leernos en él, nuestros retratos e iluminaciones no pretenden agotarlo en ninguno de los dos sentidos. Aspirar a entenderlo es dejarlo ser en nosotros; acompañarlo, transformar el mundo con la amorosa violencia con que lo incendiaron sus 37 años. Nos consuela pensar que estas buenas intenciones sirvan para comenzar a mirar frontalmente el sol más negro y luminoso jamás engendrado por la poesía.

En el corazón de la Ciudad de las Ciencias y la Industria, la ceremonia está por comenzar. La gran nave de estructura metálica ostenta la palabra RIMBAUD. Todas las letras y las artes pasan lista de presente. La técnica se pone al servicio de las bondades del espectáculo multiestelar. Nosotros hemos llegado perdidos y provincianos, como Rimbaud o al menos como sus camelleros y nos comienza a disgustar la falta de un baño, la burocracia universal y la ostentación de los poetas de varias nacionalidades que responden con displicencia a las cámaras de televisión sobre la ruta Rimbaud que han hecho en aviones supersónicos y hoteles de cinco estrellas donde atestiguan la sed de Lawrence de Arabia y su dignidad al entrar con su asistente al bar de oficiales en El Cairo. Nosotros hemos sido invitados a una breve participa-

ción en el espacio que se ha denominado cabaret y donde habrá actuaciones de grupos de rock, marionetas, lecturas. Todos lo anuncian, pero nadie lo encuentra, al pionero, el Alain Borer que a los 28 años de edad reconstruyó la ruta hecha, a la misma edad, por un tal Rimbaud que se decía negociante. Por fortuna, no lo conoceremos en este circo de innumerables carpas, sino años después en México. A lo largo de una conversación pública organizada por Bernardo Ruiz en la Capilla Alfonsina, donde ocupa la primera fila el comité de salud público formado por los integrantes del consejo editorial de la revista *La Guillotina,* iremos comprobando por qué es el mejor y más sensible Sherlock Holmes de ese misterioso género literario que llamamos Rimbaud.

Nosotros somos Frédéric-Yves Jeannet, Serge Pey y el que escribe, quienes junto con nuestras compañeras Angélica, Edith, Carmen, y los niños Juan Ángel y Citlali nos hemos encontrado en Toulouse para dar inicio a nuestra peregrinación a los Santos Lugares del Rimbaudismo. Hace varios años, en México, país al que quiere como suyo, Pey sugirió, con la voracidad contagiosa que lo caracteriza, embarcarnos de Marsella a Abisinia, acompañados de una pareja de músicos ciegos de Tepoztlán. La nave se llamaría, naturalmente, *Le Bateau Ivre.* Como si hubieran escuchado su idea, uno de los planeados festejos del centenario es una exposición itinerante, por agua.

Más modestamente, acaso más auténticamente en el espíritu Rimbaud, nuestro homenaje empieza días antes del 10 de noviembre, con una caminata en Toulouse, a donde hemos llegado en tren desde Madrid. En la ciudad fronteriza de Port Vendres, me emociona escuchar el francés en la modesta estación que parece detenida en la época cuando

los españoles dejaban físicamente atrás los desastres de la guerra. Me apresuro a cambiar mis billetes españoles por franceses y al mirarlos y familiarizarme con la música de la lengua, sé que estoy de regreso para cumplir un compromiso no escrito con mi padre. Entonces sé que, al igual que varios otros de mis viajes por el tiempo y el espacio, éste comenzó por su causa. "En abono de mi sinceridad" debo decir que, contrariamente a Ramón López Velarde, que tuvo una niñez "sin Baudelaire, sin rima y sin olfato", respiré desde mi infancia la música del más grande de los poetas franceses, a quien Rimbaud llamaba, no obstante su iconoclasia, "un verdadero Dios". Al igual que la mayor parte de los escritores, no comencé por leer poesía. De hecho, lo consideraba un género prescindible al que había que dedicarle atención solamente por disciplina. Sin embargo, antes de saber lo que era la poesía –si es que algún día podemos aspirar a ese conocimiento–, fui iniciado en el misterio de su musicalidad y sus cadencias gracias a la pasión que mi padre ponía en todo cuanto enfrentaba. Así le ocurrió con su aprendizaje del francés. Me gustaba estar cerca de él cuando, para sus ejercicios de fonética, escuchaba primero un disco para luego repetir, una y otra vez, "*Un hémisphère dans une chevelure*", ese poema en prosa donde Baudelaire hizo de la espesa mata de pelo de Jeanne Duval un himno a la voluptuosidad de los sentidos, y donde el francés alcanza algunas de sus notas más altas e inolvidables. Entonces yo no sabía eso, pero en mi inconciencia el idioma en su más alta manifestación, la poesía, me seducía y me conquistaba para volverme en el futuro uno de sus adeptos. Conservo el ejemplar de los *Petits poèmes en prose* que mi padre utilizaba no para leer a Baudelaire, sino para interpretarlo, paladearlo y agotarlo. Las márgenes de ese libro están ocupadas por caracteres fonéticos, escritos a lápiz, y bajo el texto, signos que indican la

distinta duración de los espacios entre cada frase. De ahí que mi acercamiento al francés y mi primera aproximación a la poesía estén indisolublemente ligados, y de ese vínculo sea responsable mi padre. Desde entonces Baudelaire, y particularmente sus pequeños poemas en prosa, es una de mis relecturas constantes.

En esos tiempos antiguos, mi padre volvía de París, donde había ido a hacer estudios sobre la influencia de Francia en América. Su reverencia por el francés se manifestaba doblemente por el trabajo que le había costado aprenderlo. Los idiomas, como las mujeres, hay que conquistarlos, pero no todos tenemos las mismas posibilidades de éxito. Hijo de un talabartero de San Juan de Dios, el mismo talabartero de La Lagunilla, mi padre estudió muy tarde y los idiomas fueron en él una obsesión, sobre todo porque no tenía la asombrosa facilidad que amigos suyos como Raúl Ortiz y Ortiz o Juan González, manifestaban para captar de inmediato el matiz de una vocal o la inflexión de una frase. En París, después de las clases, se metía al cine a ver varias veces una misma película –mejor si era de Bourvil o Fernandel–, con objeto de memorizar los diálogos.

Acaso porque mi padre no quería que a sus hijos nos costara el mismo trabajo que a él aprender idiomas, nos inscribió desde niños en la hoy desaparecida Alianza Francesa de la calle de Palma. Con mis hermanos, vivo esa época como una de las más bellas y nostálgicas de mi vida. A la salida de la escuela esperaba la calle. De la *flânnerie* de mi padre y del más grande de los poetas seguramente nace mi devoción por la ciudad y mi obsesión por trazar mapas íntimos de los cuerpos urbanos. Nuestra educación filológica y sentimental se completaba con frecuentes excursiones a los cines París y Paseo, donde aprendí la música del idioma y la música nostálgica que sólo saben tener las películas francesas. Llegar tarde al cine y escuchar a Francia en esa doble música

equivale a estar en el vestíbulo de la sala de conciertos y sentir la piel erizarse ante los músicos que afinan su instrumento.

Hace casi 20 años supe que volvería este 1991. Lo supe un atardecer en Barcelona, cuando mi adolescencia terminal leía febrilmente la *Vie d'Arthur Rimbaud* de Henri Matarasso y Pierre Petitfils y me enteraba de las simas y las cimas de la vida más desconcertante jamás vivida por un poeta. Mi primer contacto con Rimbaud debe haber sido a comienzos de 1971, cuando estaba a punto de inscribirme al servicio militar, ese deber de las sociedades que tanto aterraba a Rimbaud y que fue una de las causas para retardar su regreso a Francia. En una de las librerías de Cristal donde aún podían conseguirse libros, obtuve un ejemplar de las *Poésies* de Rimbaud en una edición de *le livre de poche* y con un prefacio de Daniel Leuwers. A mis 17 años, la vida y la obra, la vida iluminando la obra, fueron hechos tan decisivos como la primera experiencia sexual en plenitud. A mi edad, era un veneno peligroso pero inevitable. Rimbaud había nacido en 1854 y yo un siglo después. Menciono la circunstancia porque establecía analogías meramente cronológicas, para medir mi pequeña lucha frente a su irrepetible odisea. ¿Cómo podía dejar de seguir, explorar y agotar la aventura de alguien que ha tenido nuestra edad y expresa como nadie ese desconcierto de todo quererlo, de nada poseer? Ahora sé, como entonces intuía, que la vida de Rimbaud es más cautivadora que el heroísmo de Lord Byron, Garcilaso o Temilotzin de Tlatelolco, porque en Rimbaud hay la aureola siniestra y cautivadora de los condenados, la autoridad temible de los seres fuera de la ley, la superioridad inexplicable de los *unwashed* con los cuales convivió en Londres. Byron vestido a la usanza turca, sobre la cubierta de un barco; Garcilaso forrado en acero, a punto de asaltar la posición enemiga; Temilotzin dejándose ahogar antes que

vivir preso bajo el dominio de sus vencedores, son soles que fulguran en el día. El sol de Rimbaud tiene el brillo de los astros en eclipse total.

A mi padre debo también el regalo que me hizo de la edición de las *Oeuvres* de Rimbaud en La Pléiade, comprada en una librería de usado de La Lagunilla. En este viaje las he traído conmigo, para entender, sólo ahora, que nadie como Rimbaud cumple tan cabalmente el concepto de *Obras completas.* Su escritura propiamente creativa ocupa, en la edición citada, 231 páginas, incluidos borradores y obras atribuidas. Tres veces más, los papeles que tienen que ver con la obra de su vida. Contrariamente a Flaubert, cuyo epistolario leemos como la autobiografía intelectual y la lección estética más objetivas y exigentemente generosas que un escritor haya legado a la posteridad, asaltamos la privacía de Rimbaud para entender las contradicciones del ser humano a partir de un protagonista empeñado en cambiar la vida valiéndose del ser más próximo a él. Las en ocasiones aburridas y quejosas cartas comerciales de Rimbaud, el diario londinense de su hermana Vitalie, los apuntes al pie del lecho del moribundo de Isabelle, el cúmulo de correspondencia posterior a la muerte, son materiales que atesoramos y agotamos y devoramos para tratar de aproximarnos al misterio de quien nos robó la tranquilidad para siempre.

Aun creyendo en la largamente sostenida tesis de los dos Rimbaud, uno ilumina al otro: el poeta lanza su cauda sobre las cartas abisinias; el comerciante frustrado y recluido hace ver al artista su dimensión terrestre. William Wilson determinado por la fatalidad, uno no vive sin el otro. A partir de Rimbaud, suman millares las legiones anónimas de artistas en potencia que abandonan su actividad fundamental para perderse en la ignorancia. Nadie, en la historia de nuestra cultura, abdica con semejante soberbia a la corona del veleidoso Olimpo Literario.

Cuando en 1954 Rimbaud cumple cien años de nacido, el estructuralismo está rompiendo lanzas. Es el tiempo de la autonomía de la obra, de la lectura extra atmosférica. Ahora, en el centenario de su muerte, nos importan sus impuros jadeos, su no querer morirse. La historia natural de su alma nos dará la medida de lo que somos. En nombre de ese impudor, nos asomamos a su vida, husmeamos su maleta, remiramos sus cartas. En *Improvisations sur Rimbaud,* Michel Butor nos invita a jugar las doce cartas de una lotería cuyas figuras limitadas pueden multiplicarse al infinito; abre su puesto de hojalata para echar ante nosotros las doce cartas de su Tarot: así desfilan El Enigmático, El Escolar, El Buen Parnasiano, El Vidente, El Genio Maligno, El Barco Ebrio, El Esposo Infernal, El Iluminador, El Ausente, El Fotógrafo, El Negociante Apasionado, El Agonizante. Rimbaud es todos ésos y más. La presente y la futura bibliografía distan del sepulcro marmóreo de la canonización, no obstante los argumentos de René Etiemble en *Le mythe Rimbaud.* Mito, sí, pero vivo y polémico, generador y dinámico. Alain Borer, en una obsesión simbiótica que cristaliza en *Rimbaud en Abyssinie, Le temps de la fuite, Rimbaud d'Arabie,* funde en un solo proceso la vida-obra y demuestra con hechos la veracidad de sus afirmaciones.

El año de la muerte de Rimbaud es también el de la publicación de *El retrato de Dorian Grey.* Hay en las vidas de Wilde y Rimbaud particularidades que no pueden llamarse paralelas, pero sí, para utilizar una palabra querida por Wilde, paradójicas. Ambos nacen en octubre de 1854, bajo el signo de Libra, Wilde el 16 y Rimbaud el 20 de octubre. Los dos cumplen, en 1891, 37 años. Wilde cultiva con idéntica pasión y puntería su vida y su obra, mientras Rimbaud se empeña en el prosaico oficio de vivir, en la urgente hambre de sobrevivir. La noticia de la muerte de Rimbaud es

publicada en *L'Echo de Paris* tres semanas después de ocurrida. A pesar del retraso, noviembre de 1891 fue un mes ominoso para Paul Verlaine, el amigo que nunca habría de olvidar al niño genio de Charleville. Gracias al testimonio de Yvanhoe Rambosson conocemos la tarde de noviembre en el Café d'Harcourt, cuando Oscar Wilde se encontró con Enrique Gómez Carrillo y Paul Verlaine. Mientras Wilde se esmeraba en su ingenio y su ironía, Verlaine bebía Pernod y mascullaba frases obscenas en árabe. Supiera o no de la muerte de Rimbaud, su actitud era un homenaje a la iconoclasia del amigo que llevó el genio de la vida a consecuencias devastadoras e irrepetibles. En el mismo *L'echo de Paris,* el 19 de diciembre de 1891 se habla de Oscar Wilde como "*le 'great event' des salons littéraires parisiens*". Mientras el sol negro Arthur Rimbaud comenzaba a brillar inmortalmente, Wilde era estrella presente de primera magnitud. Por delante venían los años de oprobio, cárcel e ingratitudes.

No veo a Serge Pey desde hace varios años. Carmen y yo llegamos a Toulouse y nos alojamos, por desconocimiento, en un hotel de la periferia. Llamo a Serge por teléfono a la universidad y le pido que nos citemos en un espacio sacralizado, para ser fieles al sentido ritual de los encuentros. De tal modo nos encontramos a la puerta de la monumental iglesia de Saint Sernin.

Serge llega montado en una bicicleta que bien puede reclamar su contemporaneidad de Saint-Exupéry. Todo parece haber sido ayer y reanudamos la conversación iniciada en México, cuando escuché por primera vez un poema suyo, *"Assis sur une pierre blanche"*, ceremonial sobre Tlatelolco.

Nos lanzamos a caminar por la ciudad, donde Serge nos inicia en los misterios fundamentales de sus iglesias. Entramos en cada una para sentir primero, para pensar después. En el convento de los jacobinos, el sol del atardecer incendia las columnas, parece envolverlas en una llama donde no falta ningún color del espectro. Mástiles que culminan en el arco apuntado, en la bóveda perfecta, parece un barco con los aparejos alistados, presto para irse. Como ésta y otras de las tantas, prodigiosas, monumentales iglesias de Toulouse eran puntos en la peregrinación hacia Santiago de Compostela, nos detendremos en cuanto tenga relación con Rimbaud y vamos a convertir, querrámoslo o no, en recordatorio de sus vidas, ésas que aquí y ahora y mañana son, serán, las nuestras.

Al día siguiente Serge nos encontrará lugar en el que considera el mejor alojamiento de su ciudad natal, el Hôtel du Grand Balcon, pequeño, barato, donde un solo personaje es al mismo tiempo recepcionista, botones y elevadorista, y cuyo mayor lujo es el que Antoine de Saint-Exupéry paraba en ese lugar. La alcoba es amplia, añosa, con el linaje de lo que sabe envejecer dignamente, y desde el balcón se comprueba por qué a Toulouse la llaman la ciudad rosa y por qué uno podría amarla para siempre, como queda de manifiesto en las canciones de Nougaro, en los poemas de Patrice Beray, en el entusiasmo de Serge. Nadie puede convencernos de que esa alcoba no es la misma antes ocupada por Saint-Exupéry y que en este espacio, frente a la gran luna de este armario, se puso por última vez su chaqueta de cuero y su bufanda para cumplir la misión que le costaría desaparecer.

La mañana del 9 de noviembre nos embarcamos en un tren de Toulouse a Bordeaux, donde tomamos lo que bien puede ser un subtítulo de la existencia de Rimbaud: *Train à grande vitesse.* El TGV hace su plateada aparición en el andén con la fuerza y el silencio de los criminales. En el

insustituible *Rimbaud en Abisinia,* Alain Borer diferencia la duración rimbaudiana en su tiempo y en el nuestro. Lo que el *jet* de Ethiopian Airlines recorre en un minuto, a Rimbaud le llevaba horas, pero esa caminata era parte de su ocupación, de su sed de movimiento. Cuando más tarde alguien le pregunte a Jorge Esquinca quién es el santo que lleva en la solapa –una imagen de Rimbaud que le conseguiremos en Charleville–, responderá que se trata de San Arturo, patrón de los viajeros, incluidos –naturalmente– los usuarios de la línea Paraísos Artificiales. Jorge Esquinca es el expedicionario faltante. El nacimiento de su hijo Alonso le impidió acompañarnos, como era nuestro deseo y el suyo. Nos consuela saber que nos ha antecedido en la peregrinación. Años antes, ha viajado a Charleville y Marsella sólo para estar en los lugares tocados por el meteoro Arthur. Cuando volvamos a México nos dirá que el día preciso del centenario estaba en Oaxaca, donde solicitó silencio para levantar su caballo mezcalero y brindar en honor del ángel necesario. Acto seguido, y como improvisación del saxofonista que se crece al castigo, uno de los más jóvenes integrantes del taller de poesía "Cantera Verde", dijo de memoria el poema inicial de *Une saison en enfer.*

A más de 300 kilómetros por hora vamos rumbo a París. En el camino del tren Rimbaud nos encontramos con otros TGV que apenas interrumpen la contemplación del paisaje: su paso dura lo suficiente para observar un relámpago de plata. Me golpea, instantáneamente, otra metáfora: cuántos semejantes a Rimbaud, que no lo conocieron, que no pudieron haberlo conocido, se cruzaron de tal modo en su camino. En noviembre de 1870, Lautréamont muere en París, prácticamente desconocido. Rimbaud llega a principios del año siguiente para retomar, sin saberlo, la aventura de Isidore Ducasse. Como él, Rimbaud pasó junto a los rie-

les de otros con una velocidad que atemorizaba. Su superioridad nacía de su diferencia, pero siempre tuvo el pudor para no mendigar la fama póstuma. Antes del 10 de noviembre de 1891, fecha en que su corazón cesó de latir en el hospital marsellés de La Concepción, el poeta Jean-Arthur Rimbaud estaba muerto. Lo recordaban, es cierto, algunos jóvenes entusiastas como Laurent de Gavoty, que veía en él a la cabeza de la escuela moderna, o el poeta Rodolphe Darzens, que hizo expresamente un viaje a Marsella para entrevistarse con el agonizante: consiguió verlo, mas no hablarle. Antes de ese 10 de noviembre, alcanzó a publicar el *Reliquaire,* recopilación apresurada de la poesía de alguien que la había olvidado por completo. En el gran teatro de la literatura de fin de siglo, el nombre de Rimbaud resurgía sólo de cuando en cuando, asociado casi siempre a Paul Verlaine, cuya fama pública crecía conforme su salud se minaba de hospital en hospital o en brazos del hada verde del ajenjo. Como todos los grandes escenarios, el de la literatura exige dejarse ver, obliga a la exhibición, la gloria o el ridículo. En el primer año de la última década del siglo XIX, mientras la sensibilidad literaria cierra filas para mantener la supremacía del arte sobre la vida, el cuerpo mutilado y doliente que dos décadas atrás alojó al niño prodigio de la poesía francesa, se ocupa en un menester más prosaico e inmediato: sobrevivir, amenazado por un cáncer sólo tan hiperbólico y voraz como la existencia fulgurante de su portador.

Se es, fatal, inevitablemente, rimbaudiano. Se habla Rimbaud, se vive Rimbaud, se escribe Rimbaud. El *sobre* y el *acerca de,* elementos necesarios en una poesía que precisa de los nexos comparativos para sobrevivir, no le quedan al niño prodigioso que a los 17 años, en la *Lettre du voyant,* hizo el manifiesto de la poesía moderna. Por eso, de Stéphane Mallarmé a Alain Borer, son los poetas quienes mejor se han aproximado al misterio indescifrable de Rimbaud, como lo

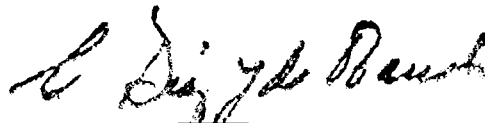
demuestran los trabajos de René Char, Yves Bonnefoy, Michel Butor, Alain Borer, Marco Antonio Campos, Jorge Esquinca y Frédéric-Yves Jeannet.

Mis dos compañeros expedicionarios son, de sobra, cofrades. Cuando se refiere a los hechos pasados en la venerable Tolosa, Serge Pey dice *vencimos, construimos, amamos,* como si el tiempo no hubiese transcurrido. Para la *Revista Universidad de México,* que aparecerá en los días del centenario, Serge ha escrito, con su audacia visionaria de siempre, un ensayo poético donde atreve una interpretación simbólica de los nombres Rimbaud y Verlaine. De un tiempo a esta parte, escribe sus poemas en varas y los lee al compás de muñequeras y tobilleras de conchas. Cuando hace casi 20 años lo conocí en México, lo absorbía un proyecto llamado "Palabra en los muros", donde el verbo buscaba abandonar la lectura individual para volverse vivencia colectiva. La poesía por delante de la acción, como profetizaba el de Charleville.

Frédéric, por su parte, es una de las simbiosis más asombrosas que conozco. Desde hace veinte años, su ocupación principal es leer a Rimbaud, y su conocimiento del poeta es fruto de la pasión y del amor. Pasión de conocer y amor al desdichado prójimo, deseo de estar con él ahora que –privilegio de los vivos– Rimbaud no puede alejarnos de su lado, incapaz de querernos porque nos quería demasiado. Tal paradoja aparece ilustrada en su poema *"Génie"*, aquí en traducción de Cintio Vitier: "Él es el amor, medida perfecta y reinventada, razón maravillosa e imprevista, y la eternidad: máquina amada de cualidades fatales. Todos hemos conocido el espanto de su concesión y la nuestra: oh goce de nuestra salud, ímpetu de nuestras facultades, afecto egoísta y pasión por él –que nos ama para su vida infinita". El libro publicado por Frédéric, *Si loin de nulle part,* traducido al español como *Lejos de ninguna parte,* es un auténtico ho-

menaje a Rimbaud. Homenaje profundo y auténtico, me dirá Carmen, porque no se trata de la exaltación estridente y declamatoria del maldito *ready made*, sino de quien se sabe desdichado, brillante como el sol en eclipse total, amparado por el ángel guardián de la melancolía, sólo revelado a los fuertes y a los locos. El nómada carece de reglas. La única que lo determina es este título-manifiesto de Frédéric: Lejos de ninguna parte. Moverse para no sentir el lento exterminio del tiempo y sus aliados. Hay otro heredero del caminante Rimbaud, que ha hecho reincidentes viajes a Charleville: Marco Antonio Campos, grande, insaciable caminador. Sus prolongadas, obsesivas marchas son investigaciones solitarias para saber qué pasa dentro de nosotros. De tal modo, demuestra que Rimbaud es todo lo contrario del *flânneur*. Su finalidad no es causar asombro. Lo que verdaderamente le interesa (*¿interesar* es un verbo aplicable a Rimbaud?) no es el uso del espacio sino su conquista. En una de sus últimas cartas, tras la mutilación de la pierna, habrá de lamentar su falta de movimiento.

En las serigrafías de Ernest Pignon Ernest, Rimbaud, de cuerpo entero, vuelve a andar por las calles de Francia. Marco Antonio Campos viaja a Viena para objetivar los fantasmas que desde su adolescencia lo llevaron a leer a Rimbaud, *a ser* Rimbaud, como el personaje de su narración "Desde el infierno", contenida en su volumen de cuentos *La desaparición de Fabricio Montesco.* Frédéric-Yves Jeannet agota los archivos suecos para reconstruir las huellas de Rimbaud en Estocolmo. François Caviglioni convierte a Rimbaud en inventor del *aventón* y en antecesor de los *ruteros* de los años 60. Ya lo adelantaba en 1912 el cuñado Paterne Berrichon, en su libro tan injustamente leído y que, gracias a Ciprián Cabrera Jasso, conocí en su primera edición mientras caía la tarde sobre el poderoso brazo del



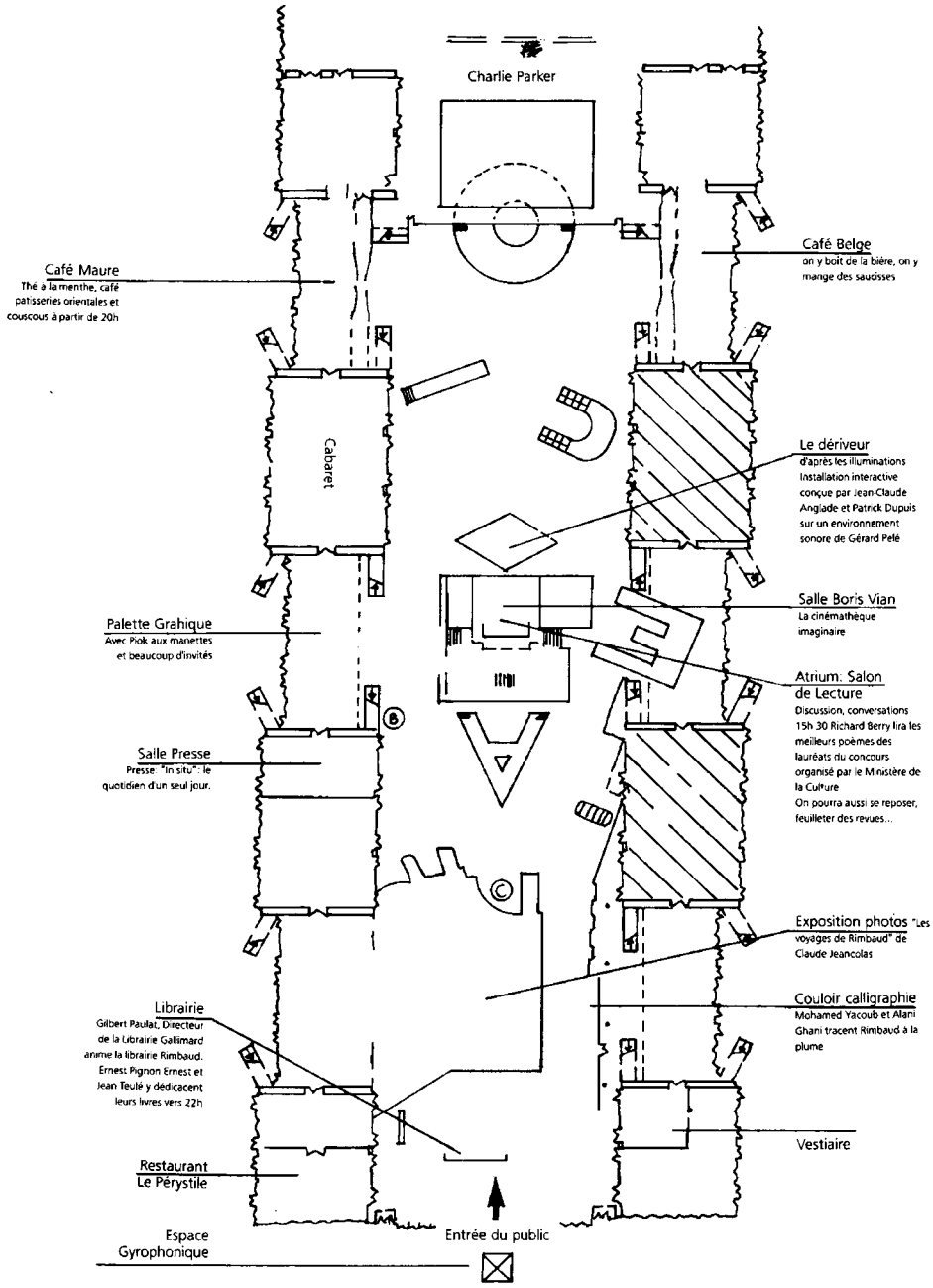
Grijalva: "Su energía, su resistencia, son increíbles. Avanza, avanza, comiendo no importa qué, durmiendo no importa dónde, doloroso, pero no triste".

A partir de esta sed de movimiento, síntoma del melancólico que, aterrado ante la parálisis que lo hunda, opta por el traslado, releemos la última carta de Rimbaud, donde busca la mejor ruta entre Afinar y Suez. Alain Borer ha fatigado todos los Atlas en busca de la localización de Afinar. Se trata, naturalmente, de un lugar inexistente. Mutilado de su pierna, paralítico, al poeta y explorador Rimbaud no le es concedida la muerte que otro futuro enamorado del desierto, Thomas Edward Lawrence, encontrará en el vértigo de una motocicleta. Desde la enfermedad de su pierna, lo que exaspera al agonizante Rimbaud es no poder moverse, no irse, no borrarse. De nuevo, aquí, las extrañas, ocultas coincidencias entre el poeta y el abisinio. Lo que este hombre anhela para el presente, antes lo había soñado su doble. En carta a su hermana Isabelle, del 10 de julio de 1891, el comerciante declara: "¡Qué tedio, qué fatiga, qué tristeza al pensar en mis antiguos viajes, y cómo estaba activo hace apenas cinco meses! ¿Dónde están los montes escalados, los paseos, los desiertos, los ríos y los mares?". Dieciocho años atrás, este hombre prematuramente envejecido era un adolescente sediento de poesía que exclamaba: "¿Cuándo iremos más allá de las playas y los montes, a saludar el nacimiento del trabajo nuevo, la nueva sabiduría, la huida de los tiranos y de los demonios, el fin de la superstición, para adorar –¡los primeros!– la Navidad en la tierra?".

Mutilado, como los personajes de su admirado Julio Verne, pone su ingenio para vencer la amargura y hallar una solución práctica. "Paso la noche y el día reflexionando sobre medios de circulación". Ironía tras ironía: Rimbaud pierde su medio más inmediato de locomoción al serle amputada la pierna derecha el 24 de mayo de 1891, el mismo día en

que el hijo del zar de todas las Rusias coloca el primer riel del Transiberiano. Al día siguiente y hasta el 26, en involuntario homenaje, los conductores de ómnibus de París estallan una huelga. Borer ha estudiado cómo en la poesía, la correspondencia y los actos vitales de Rimbaud abundan los verbos de movimiento. Las últimas palabras de la carta lo repiten: "dígame a qué hora debo ser trasladado a bordo". Itinerante desde su primera salida de Charleville, los siguientes veinte años de su vida los pasará en constante movimiento. Cuando su vehículo corporal lo traiciona, es el tiempo de vengarse de la vida, abandonándola, hiriendo a la ingrata donde más le lastima. Nos dolemos del sufrimiento de Rimbaud, de la injusticia que él o su demonio cometieron con su humanidad. Conociendo la violencia del huracán, ¿puede pensarse en otro destino? Tras el éxito apoteósico de *Moby-Dick,* Herman Melville es contratado para una gira de conferencias, en la cual los espectadores notaban, más que sus palabras, el bronceado de ese antiguo ballenero que había vivido entre salvajes. Con Rimbaud, Melville pudo haber dicho: "Volveré con miembros de hierro, la piel oscura, el mirar furioso; por mi máscara, se me juzgará de una raza fuerte. Tendré oro: seré vago y brutal. Las mujeres cuidan a estos feroces achacosos cuando vuelven de los países cálidos". Al tiempo que Rimbaud peleaba contra la parca, el mismo sistema que elevó a Melville, lo ignoraba. El único obituario que da fe de su muerte, bajo el título "*Death of a once popular author*" reza: "En honor a la verdad, incluso su propia generación lo daba por muerto. Tan callados fueron los últimos años de su vida". En su adolescencia, cuando ya era un poeta formado, Rimbaud quiso ingresar al escalafón literario. Su divorcio fue tan radical, que se silenció y se marchó, antes que aceptar los mejores platillos del banquete a cambio de la domesticación y la cordura.

Cuando llegamos a la Gare Montparnasse y nos apresuramos instantáneamente a la Grande Halle de la Villette, Serge reencarna siglos de rebeldía tolosana contra los petulantes parisinos. Como se enoja, pierde, y todo París se pone en su contra. Personifica, sin quererlo, un homenaje al Rimbaud incomprendido y maltratado por la capital francesa. Nos registramos y nos hacemos parte del circo. Nos dan un plano del laberinto que puede leerse más o menos así:


Charlie Parker
Café Maure
Thé à la menthe, café patisseries orientales et couscous à partir de 20h
Café Belge
on y boit de la bière, on y mange des saucisses
Cabaret
Le dériveur
d'après les illuminations
Installation interactive conçue par Jean-Claude Anglade et Patrick Dupuis sur un environnement sonore de Gérard Pelé
Salle Boris Vian
La cinémathèque imaginaire
Palette Grahique
Avec Piok aux manettes et beaucoup d'invités
Atrium: Salon de Lecture
Discussion, conversations
15h 30 Richard Berry lira les meilleurs poèmes des lauréats du concours organisé par le Ministère de la Culture
On pourra aussi se reposer, feuilleter des revues...
Salle Presse
Presse "In situ": le quotidien d'un seul jour.
Exposition photos "Les voyages de Rimbaud" de Claude Jeancolas
Librairie
Gilbert Paulat, Directeur de la librairie Gallimard anime la librairie Rimbaud. Ernest Pignon Ernest et Jean Teulé y dédicacent leurs livres vers 22h
Couloir calligraphie
Mohamed Yacoub et Alani Ghani tracent Rimbaud à la plume
Vestiaire
Restaurant Le Pérystile
Entrée du public
Espace Gyrophonique

Como en trance, nerviosos y novatos, entramos al cabaret, que debió haberse llamado *Au Cabaret-Vert,* para ser totalmente fieles al fetiche y evocar el espacio donde el joven Rimbaud pide una cerveza y pan con jamón tras volver de sus andanzas, rotos los zapatos y el corazón crecido. Hacemos lo propio mientras Serge se concentra para entrar a escena. Al ritmo de sus caracoles y su vara mosaica, comienza a leer. Más bien comienza a entregarse a la fuerza de la palabra que, merced a su vara, desciende del cielo. Acelera la voz, acelera nuestros corazones; aunque de pronto no captemos lo que dice, importa más cómo lo dice, cómo se galvanizan el dominio celeste y la tierra donde padecemos. Termina sudoroso y gozoso, y aún tiene tiempo para volver a escena, esta vez conmigo. A dúo decimos la parte final de mi cuento "El enigma del otro", donde aventuro la hipótesis de un Rimbaud que viaja a México y se instala entre nosotros, hasta morir de viejo. Dominique Noguez, Eduardo García Aguilar, Javier García-Galiano y Fernando Curiel escribirán textos donde la conjetura es plausible gracias a la intensidad de ese ser alojado en el cuerpo y el alma de Jean-Arthur Rimbaud. Previamente, Frédéric ha traducido mi texto al francés. Lo leo en español con todo el peso de mi adolescencia, con las alas de mis primeras navegaciones, con la intensidad de estar aquí y ahora. Paralelamente, Serge lo interpreta en francés, con la energía salvaje que llevó a Rimbaud a Abisinia y a abandonar para siempre esta feria de vanidades. De tal modo comulgamos Frédéric, Serge y yo con el gran maldito, el supremo sabio.

Cumplida nuestra misión pública, vagamos por la Grande Halle. Conversamos, bebemos, nos convertimos en deudos del gran difunto vivo. Nos toca el privilegio de ver y escuchar a Leo Ferré, quien barrita y canta y habla los poemas de Rimbaud con una escenografía impresionante: a la

hora de *Le bateau ivre,* una araña gigantesca teje a espaldas de Ferré la arboladura de un barco. El venerable Ferré niega su hermoso pelo blanco al recuperar –por vía del adolescente Rimbaud, el poeta que nunca conoció la vejez– la rebeldía, la adolescencia intacta. Más tarde, Frédéric y yo escucharemos reincidentemente *"On n'est pas serieux quand on a dix sept ans",* uno de los poemas más irónicos pero más estremecedores de Rimbaud, acaso porque no ha habido un adolescente más serio y más triste que él. Nos vamos a dormir, fatigados y felices, con el verso de la *Saison* zumbando en los oídos: *Le meilleur, c'est un sommeil bien ivre, sur la grève.*

Nuestro propio e íntimo homenaje a Rimbaud comienza poco antes de las diez de la mañana del 10 de noviembre, fecha exacta en que se cumple el centenario. París despierta con la noticia de la muerte de Yves Montand, como si no bastara haberse enterado, en días pasados, de que Earvin *Magic* Johnson es cero positivo. Al contrario de lo que ocurría la noche anterior, ahora somos muy pocos quienes hacemos guardia en el galerón de la Grande Halle, que muestra las huellas de la *parade sauvage.* Hoy, esta inmensa estación sin trenes es como un burdel sin muchachas, a la luz dolorosa del día. Ante un público escaso, un concierto para piano y trío de cuerdas. Mientras el sol se abre paso a través de los grandes vitrales de la bóveda, hace su llegada desde Charleville el grupo de corredores de *La course des bruleurs de feu.* Los antecede una procesión de jóvenes disfrazados de las vocales coloreadas. Personifican el poema *"Voyelles"* desde su juventud intocada por la muerte. Hoy, hace cien años exactos, Rimbaud moría en el hospital de La Concep-

ción de Marsella. Hace un siglo, el mundo se enteraba de que Río Grande do Sul declaraba su independencia de Brasil; los habitantes de New Jersey aún no se reponían de la ballena encallada en Fathom Beach; el ciudadano de Roma inauguraba la mañana con un café mientras se enteraba del desplome de una tribuna en la corrida de toros de Castel à Mare; los efectos devastadores del ciclón mantenían en vela a los habitantes de la provincia bengalí de Orissa; una mujer que respondía al nombre de Viola Greylock ocupaba la primera plana del *New York Times,* por su intento de suicidio en la Grand Central Station. Hoy, cien años después, venimos de muy lejos, tras la huella del niño centenario, para decirle que estamos aquí gracias a él, cómo nos ha cimbrado la existencia, cómo nuestra vida sería más fácil sin haberlo conocido, cómo sería absurdo vivir sin haberlo conocido.

De ahí vamos al Museo d'Orsay, para ver la exposición montada en homenaje de Rimbaud. ¿Rimbaud en un museo y, peor aún, en el museo dedicado exclusivamente al siglo XIX? Contra lo que pudiera creerse en el sentido de que los museos cosifican y anulan, los documentos de Rimbaud nos ritualizan, nos golpean con la intensidad con la cual nos llega el David de Miguel Ángel cuando lo vemos personalmente en la Academia de Florencia y no en las innumerables y excelentes reproducciones que de él existen y nos ayudan a conocerlo casi de memoria. Entonces se comprende la fidelidad que el devoto siente por las reliquias, los objetos, los huesos de los santos. Tenemos, frente a los ojos, el dibujo de la camilla diseñada por Rimbaud para trasladarlo en su última y penosa temporada en el infierno. Ver el dibujo original a escasos centímetros equivale a pararse ante un Van Gogh no tanto a pensar como a sentir. Con esa idea nos sentamos largo rato frente al monumental *Coin de table* de Fantin Latour, que Jean-Luc Steinmetz lee de manera insuperable en su biografía apenas aparecida.

Es domingo. A la salida del Museo d'Orsay, buscamos un lugar para comer. Se dificulta la marcha, literalmente, porque tenemos hambre, todo está cerrado y los escasos restaurantes abiertos no dan servicio. La poesía obstaculiza la caminata de Pey: en un aparatoso estuche para cañas de pescar, lleva sus varas, del mismo modo en que Rimbaud llevaba un cinturón con faltriqueras repletas de oro. Desembocamos al boulevard Saint Germain, donde los *tournedós*, el Beaujolais y la ensalada Niçoise nos devuelven momentáneamente la felicidad. Tenemos poco tiempo, porque el tren de Serge parte a las seis de Montparnasse, mientras Angélica y Juan Ángel Jeannet salen a Estocolmo a las siete. Frédéric se queda un día más con nosotros, así que nos despedimos a las puertas de la estación del metro Odeón y quedamos de reencontrarnos a las ocho en el Café de la Paix.

Entonces comienza propiamente para nosotros París. El día anterior había sido preludio, trámites, llegada, nerviosismo ante el homenaje a Rimbaud y nuestra participación. Ahora nos dejamos caminar por la ciudad, le pedimos que nos seduzca y se nos muestre, que se ponga más fría y nos obligue a abrazarnos, que nos lleve, como no queriéndolo, hasta Notre-Dame donde nos sorprende, primero, esa arquitectura nacida para la eternidad; luego, la fastuosa misa de domingo. Es, sin saberlo ni quererlo, la misa de Rimbaud. Le encendemos una veladora y le pedimos que ruegue por nosotros. Bajo la nave augusta recordamos que George Izambard prestó a su alumno Arthur *Notre Dame de Paris* de Víctor Hugo, ante el escándalo de madame Rimbaud.

Salimos de la iglesia para enterarnos de que el frío arrecia y como aún faltan dos horas para encontrarnos con Frédéric, seguimos caminando, deteniéndonos a cada momento para que un Calvados o un Armagnac nos aceleren el corazón. En su biografía de Rimbaud, Steinmetz menciona que Arthur hizo cuarenta y cinco minutos de la Gare de l'Est

a la casa de Paul Verlaine en Montparnasse, lo cual significa cruzar la ciudad. Impaciente, cansado, intolerante, Rimbaud no debe haber mirado la ciudad. Su meta era llegar a casa de su nuevo amigo y futuro protector, sin tiempo para el asombro y la *flânnerie*. Las ciudades, como los amores, entran en nosotros cuando estamos predispuestos, listos para ser vulnerados. Por lo que se desprende de la obra-vida de Rimbaud, le gustaban más los caminos que las ciudades, los senderos y no la llegada. Dígalo si no *"Sensation"*, uno de los poemas más felices de quien probó las peores formas de la infelicidad.

En el Café de la Paix, leo con Carmen las últimas páginas de la biografía de Steinmetz. Fiel a una costumbre nacida a raíz de la muerte de mi padre, comienzo a leer las biografías por el final. El modo como un hombre muere, arroja luz sobre cómo ha vivido. Cuando llega Frédéric, nos echamos a caminar por el boulevard des Capuccines, donde la noche iluminada parece un cuadro de Camille Pissarro. No nos despedimos de Frédéric –los amigos no saben despedirse– porque días después, camino a Charleville, le escribiré la siguiente carta para que no se vaya del todo.

*Camino a Charleville, 14 de noviembre de 1991.*

Querido Frédéric:

No sé si esta opresión se deba a la nebulosidad ardenesa que odiaba Rimbaud o porque hace cien años que su cuerpo llegaba al cementerio de Charleville, proveniente de Marsella, pero todo en esta llegada se parece a la solidaridad espiritual que afecta a los adictos a Rimbaud y a la cual tuviste que ser fiel en tu insomnio anterior al día del centenario. ¿Recuerdas lo que te conté de mi pierna en Villahermosa? Era febrero, había ido a consultar la biblioteca francesa de Julio Torri, para completar mi cronología sobre el último año de la vida de Rimbaud. Una mañana, mientras corría alrededor del lago, sentí un fuerte tirón en la rodilla derecha, por comenzar la rutina sin haber calentado suficientemente. Esa tarde leí lo que había escrito la anterior, sobre el mes de febrero de 1891: "El día 20, Rimbaud pide a su madre una media elástica porque sufre fuertes dolores en la rodilla derecha". Pienso entonces en otro gran enfermo y supremo sabio rimbaudiano, Marco Antonio Campos, y su cuento donde el personaje va repitiendo cada uno de los actos de la figura tutelar. A propósito, antes de comenzar esta carta estaba leyendo el ensayo de Marco Antonio Campos "El Charleville de Rimbaud" y hago desde antes el mapa sentimental de lo que me espera.

Nosotros somos un pequeño género humano, escribió Simón Bolívar sobre los habitantes de nuestra América. No pueden existir los rimbaudólogos: serían como científicos, entomólogos que diseccionan a un insecto con frío desapego. Está bien que existan los estudios eruditos sobre la poesía de Rimbaud y los tomos enciclopédicos donde se descubran sus hallazgos lingüísticos, sus aportaciones a la grandeza de la cultura francesa, esa cultura que, como dice Luis Cernuda en su poema *"Birds in the night"*, lo condenó en su tiempo por sus costumbres heterodoxas. Pero a Rimbaud no hay otro remedio que aproximarse con hipérboles. Y aunque no lo dijimos en la Grande Halle, emocionados como estábamos por ser parte del momento, el homenaje tuvo mucho de fatuo, externo y rimbombante. Así explotaron a nuestro López Velarde en el centenario de su nacimiento, en 1988. Los periódicos zacatecanos desplegaron grandes manifiestos donde los oligarcas celebran al poeta de una suave patria que es privilegio de escasos.

A la poesía y a los poetas hay que acercarse con la prudencia con que nos acercamos al misterio, con la imprudencia con que nos aproximamos a lo desconocido. Vamos a Charleville como antes fuimos a Chartres, porque si uno se para frente a Notre Dame y luego frente a Chartres, notas la diferencia. Notre Dame de París es Baudelaire y Chartres es Rimbaud. Puedes decir por qué te impresiona Notre Dame como puedes decir por qué te gusta Baudelaire. No sucede lo mismo con Chartres y Rimbaud. Ambas catedrales y ambos poetas guardan misterios, pero lo que en París es clásico y entra por el intelecto, en Chartres entra por los sentidos. A Rimbaud, como a Chartres, no hay que entenderlo, sino sentirlo.

*Camino a Saint Malo, 15 de noviembre de 1991.*

No pude continuar ayer esta carta. La interrumpí cuando en el andén constaba que efectivamente, estábamos en Charleville. En el quiosco próximo a la estación, donde la entonces madame Cuif conoció a Frédéric Rimbaud, nos sentimos tocados, seguros de que Rimbaud está más en nosotros que en su pueblo que tanto detestaba, acaso porque, como en todos los buenos misántropos, no sabía cómo amar. Ya me había advertido Jorge Esquinca sobre la comercialización de la efigie Rimbaud, exacerbada ahora por el centenario. Camisetas, llaveros, chocolates, ostentan la imagen del niño perdido del pueblo. Si Carjat cobrara derechos, hubiera abandonado la fotografía para siempre. No imaginaba, cuando le llevaron a aquel muchacho imberbe para ser retratado, la industria que esa imagen habría de desatar. Caminamos hacia la Place Ducale, conmovidos porque recorremos el mismo camino seguido por Rimbaud cada vez que el hijo pródigo regresaba al refugio.

Sin proponérnoslo casi, llegamos al museo. Como bien dijo Marco Antonio Campos, la maleta de Rimbaud toca fibras peligrosas del corazón. También los cubiertos, la tacita de niño de hospicio que utilizaba en su destierro árabe. Del museo nos encaminamos al cementerio. Hace cien años, por este mismo camino iban un grupo de huérfanos con cirios en las manos, Isabelle y Vitalie acompañando el cortejo fú-

nebre de Arthur. A mis 37 años de edad, los mismos que tenía él al morir, vengo a verlo. La única manera en que podría escribir todo esto sería haciendo una carta para el muchacho que fui y que descubrió a Rimbaud. La vida fue desde entonces diferente. No me hubieras buscado, si no me hubieras antes encontrado, dice el clásico. Mi texto debe ser, entonces, una carta a ese muchacho que lo descubrió y que lo ha llevado consigo, como tú, dos décadas. Ese muchacho se llama también Alain, Frédéric, Jorge, Marco Antonio. Mirando a los adolescentes que nos salen al paso, imagino cuántos de ellos aún no han sido tocados por el ángel endemoniado que cambiará su vida para siempre.

La tumba de Rimbaud, que conozco tanto a través de fotografías y que Marco Antonio ha descrito en su conmovedor ensayo, y que Jorge Esquinca me ha dibujado con su pasión de siempre, está recién pulida y brilla intensamente bajo la mañana. Finalmente estamos aquí. No abundan los grandes arreglos florales que acostumbran los gobiernos para lavar sus culpas y honrar a los muertos. Están, en cambio, modestos ramitos envueltos en papel celofán, flores sueltas y una pequeña nota doblada, sin firma, donde sin afán de pasar a la posteridad, el peregrino que nos antecedió apunta:

> Llegue de Canadá un siglo y dos días después de tu muerte. No tengo flores ni aureolas qué ofrecerte, sólo un jardín de bondad. Sobre el camino de nuestros reencuentros, han tratado de pervertirte, de no tomarte en cuenta. Pero yo vine, porque se escucha venir del futuro la voz de los poetas muertos. Saludos al artista, al poeta del rostro de ajenjo.

El mensaje ha resistido más de tres días los rigores del clima ardenés. Como han cerrado la florería, no tenemos otro remedio que bebernos, en memoria de Arthur, la botella de vino que hemos comprado en el centro. ¿Qué dejar al poeta? Decidimos, también en homenaje al (¿la?) canadiense que dejó su mensaje, firmarle en español mi libro de cuentos que contiene el cuento dedicado a Rimbaud, para que lo desintegren poco a poco el sol, la lluvia y el tiempo.

También, dentro de la botella, le dejamos el testimonio escrito de nuestro homenaje: aquí estuvimos, estás vivo, no te has ido. Como antes en Père Lachaise y Montparnasse, nos damos cuenta de que los cementerios y los parques son los únicos espacios donde no se cobra la entrada. A los cementerios volvemos para hablar con los muertos, para decirles cuánto miramos a través de sus ojos. Y aunque no lo sepan, lo saben en su vida en nosotros prolongada.

Sólo entonces nos enteramos de que nuestro apetito es tan grande como nuestra emoción. Nos metemos a un restaurante donde nos han recomendado que podemos comer jabalí. Lo robamos –excelente– en homenaje a Asterix y sus banquetes galos de fin de aventura. Recordamos una de las escasas referencias a la comida que hace Rimbaud, en aquella hermosa carta a su amigo Ernest Delahaye, desde París, donde el ardenés en la capital hace recuento de su efímera vida como poeta, escribiendo por las noches y saliendo en la madrugada a comprar un pan para después –fiel vampiro– ir a la cama.

Hasta luego por ahora, Frédéric. En el tren, Carmen lee tu libro, *Lejos de ninguna parte.* Camino al mar violento del norte, no puedo despedirme sin compartir contigo este fragmento del joven Violet-le-Duc durante su visita veinteañera a Saint Michel, que puede ser leído como un manifiesto Rimbaud: "Nada es tan bello, nada es tan grandioso, nada es

tan triste. Hay que ver sus torres de granito golpeadas por el mar, hay que escuchar el viento que muge en las grandes escaleras del castillo... Al entrar aquí es preciso renunciar a toda idea de nuestra civilización; es preciso, por así decirlo, identificarse con los monumentos, con la inmensa tristeza que parece impregnarlo todo, para comprender lo que hay de verdaderamente bello en este conjunto de piedras".

*Saint Malo, 18 de noviembre de 1991.*

La flor que se encuentra entre estas dos páginas la cortó Carmen de la tumba de Rimbaud. Ahora estamos en Saint Malo, a punto de ir a la tumba de Chateaubriand. Anoche, luego de que en la televisión vimos una película sobre Rimbaud, donde a manera de entrevistas con los principales actores alrededor de su vida, se arman los fragmentos de su discurso amoroso, como si Arthur se negara a retirarse, el viento sopló sin piedad hasta abrir la ventana de nuestro cuarto. A la mañana siguiente, el prodigio de esta ciudad amurallada y superior a la imaginación.

Todo viaje, como bien lo supo Laurence Stern, es sentimental, y en éste me he reencontrado todos mis fantasmas, bajo la tutela del mayor, Arthur. ¿Sabrá él todo lo que ha hecho por nosotros y cuánto y por qué hemos querido estar cerca de él? ¿Qué deseaba Rimbaud? Dos veces –sin pudores estilísticos– en la carta del 9 de noviembre aparece la expresión *Je desire.* Isabelle ha dejado testimonio de las regresiones del enfermo, de sus demandas y contradicciones. Sí, como dice Enid Starkie, nadie como Rimbaud anheló tanto y nadie obtuvo tan poco, en la etapa terminal de su enfermedad tiene accesos de negación de sus padecimientos, alternados con violentas y constantes peticiones, las cuales, una vez cumplidas, le causan nuevos accesos de agresividad. "Quiere tanto vivir", escribe Isabelle a su madre en una carta. Pero es en sus notas privadas, tomadas al pie del lecho de

Rimbaud el 5 de octubre, lejos de la inquisitiva Vitalie Cuif, donde Isabelle se muestra más espontánea:

> Se pone a contarme cosas increíbles que se imagina que sucedieron en el hospital durante la noche; es el único resto de la fiebre, pero es obstinado al punto de que, todas las mañanas y varias veces durante el día, me cuenta los mismos disparates y se enfada de que no los crea. Entonces lo escucho y procuro disuadirlo; acusa a las enfermeras y hasta a las monjas de cosas abominables que no pueden existir; yo le digo que sin duda ha soñado, pero no quiere desistir y me trata de necia y de imbécil. Procedo a hacer su cama, pero desde hace más de ocho horas no quiere que se le baje de ella: sufre mucho cuando se le carga para ponerlo sobre el sillón o cuando se le devuelve a su cama. Hacer la cama consiste en tapar un hueco aquí, quitar un doblez allá, bien entendido, con una multitud de manías enfermizas. No puede sufrir un pliegue sobre él; su cabeza nunca está bien; su muñón está demasiado alto o demasiado bajo; es preciso colocar el brazo derecho completamente inmóvil sobre planchas de algodón, envolver el brazo izquierdo, que se paraliza cada vez más, en franela, en mangas dobles, etc.

Y si esas dos palabras, desear y marcharse, se encuentran en su testamento involuntario, y son determinantes de toda su aventura terrestre, debemos respetarlas y aprender a conocerlo a través de ellas. Nos hemos valido de Rimbaud para todas las causas y todos los credos, y Rimbaud reaparece, invicto como camisa limpia, en cada generación. A cien años de su partida, no hemos terminado de sepultarlo. En su viaje al cementerio de Charleville, Jorge Esquinca encontró que el *"Prie pour lui"* que se encuentra bajo el nombre de

Rimbaud, había sido raspado por una mano anónima, acaso un heredero convencido de que Rimbaud sigue vivo y no es una figura de adoración estéril. Tampoco el Rimbaud revolucionario defendido por Pablo Neruda y llevado triunfalmente a la entrega del Premio Nobel de 1971, cuando el chileno concluyó su discurso recordando la frase del adiós simbólico y ambiguo de Rimbaud: "A la aurora, armados de una ardiente paciencia, entraremos en las espléndidas ciudades".

Inútil es ya a estas alturas, seguir hablando del misterio de Rimbaud. Sus actos son tan claros, nos deslumbran tanto, que preferimos disfrazarlos de misterio. Así como no hubo un explorador más tenaz en Abisinia, no existió explorador más entregado a los vaivenes de la conducta humana. Ahora nosotros, vigesémicos, nos asomamos a ese otro fin de siglo que vio como nadie. Henry Miller afirma que uno de los riesgos de leerse en Rimbaud es que volvió peligrosa la literatura. Escribir no es difícil. Lo duro es vivir. ¿Admiramos a Rimbaud? Nos quema, nos irrita, nos cimbra, nos conmueve. Terminamos queriéndolo como respetamos a lo que nos causa temor. Mayor en edad en el instante de su muerte que Chatterton, Lautréamont y Keats; gemelo de Mozart por precocidad, intensidad y destino; colonizador espiritual como Gauguin y Lawrence, Rimbaud rompe todos los paralelos en cuanto intentamos establecerlos de manera precisa. Hoy, Rimbaud se llama James Dean, Jim Morrison, Janis Joplin o Yukio Mishima. Dejemos de reprocharle su abandono de la literatura. Su silencio va más allá del portazo romántico de quien pone la vida delante de la obra o de quien rechaza exteriormente los honores del triunfo, pero tiene en su interior asegurado el triunfo y a buen recaudo sus originales. Rimbaud fue el peor aliado de su obra escrita, pero su obra vivida se convirtió, a la larga, en una demostración mons-

truosa y sublime de la condición humana. Por eso, no sintamos temor al asaltar sus intimidades, por asistir a su lecho de enfermo, por leer en los actos más nimios de su vida. Rimbaud cambió la vida y eso le costó todo, incluso el sacrificio del Narciso que todos, secretamente, pulimos y conservamos en la renuncia. No nos enseñó a curar *esta larga enfermedad, la vida*, pero sí a interrogarla, a pedirle cuentas. Lo que debemos a Rimbaud es imperdonable e impagable. Imperdonable porque nuestros pequeños logros, nuestras mínimas victorias, palidecen ante su talento escritural y el genio maligno de su vida. A partir de él, escribir y vivir son aventuras más difíciles y su meta cada vez más postergada. Impagable, porque el callejón sin salida al cual nos conducen sus vidas inagotables, sus luminosas desdichas, tampoco podemos corresponderlas diciéndoles que a cambio de ellas hace un siglo que es inmortal. *No obstante, es la víspera.* Caminar, respirar, vivir mañana, ser fieles al sol, serán pruebas tangibles de que Rimbaud vive en nosotros.

*Tras la huella del niño centenario,*
de Vicente Quirarte, se terminó de imprimir
en el mes de julio de 1994, en los talleres de
Pliego Impresores, S.A. de C.V., ubicados en
Pedro Cortés No. 402, Col. Santa Bárbara,
Tels.: 14-01-86 · 14-29-20 · 14-44-08,
Toluca, Méx., C.P. 50050.
En su composición se utilizaron
tipos de la familia Garamond.
La edición consta de 500
ejemplares numerados.

**255**

OTROS TÍTULOS
DE LA COLECCIÓN

*Tras la huella del niño centenario*
VICENTE QUIRARTE

•

*Equipaje de mano*
HERNÁN LARA ZAVALA

•

*El demonio me visita*
EUGENIO AGUIRRE

•

*La hechicera*
BEATRIZ ESPEJO

•

*Toma dos*
FERNANDO CURIEL

•

*El inquisidor*
ARMANDO PEREIRA

cuadernos de malinalco 1

VICENTE QUIRARTE (Ciudad de México, 1954). Maestro en Letras Mexicanas por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde imparte clase en licenciatura y posgrado. Ha sido profesor titular de la Universidad Autónoma Metropolitana, profesor invitado del Austin College, investigador del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM y actualmente del Instituto de Investigaciones Bibliográficas. Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores. Fue secretario de redacción de la *Revista Universidad de México* y desde marzo de 1990 a la fecha, Director General de Publicaciones de la UNAM.

Sus libros de investigación incluyen los títulos: *La poética del hombre dividido en la obra de Luis Cernuda; Perderse para reencontrarse. Bitácora de Contemporáneos; El azogue y la granada: Gilberto Owen en su discurso amoroso* (Premio Nacional de Ensayo Literario); *Viajes alrededor de la alcoba y Peces del aire altísimo. Poesía y poetas en México*. Su libro de poemas *El ángel es vampiro* recibió el Premio Xavier Villaurrutia correspondiente a 1991.

INSTITUTO MEXIQUENSE DE CULTURA